

## RECENSIONES

Fagen, Richard y Pellicer, Olga (ed.). **The Future of Central America. Policy Choices for the U.S. and Mexico.** Standford: Standford University Press, 1983, 228 páginas.

Los editores ofrecen en esta obra los estudios presentados y discutidos en una conferencia tenida en Guanajuato en junio de 1982. En un sentido profundo, los diversos ensayos son el resultado de la crisis centroamericana. Sus autores tratan de responder a las preguntas siguientes: ¿de qué forma Estados Unidos y México, los dos poderes dominantes en la región, están comprometidos en la crisis? ¿Cuáles son las políticas hacia Centroamérica y cuáles sus implicaciones para sus relaciones mutuas? ¿Qué políticas contribuirán a largo plazo a la paz, la estabilidad y el bienestar de la región?

Respondiendo a estos cuestionamientos los ensayos tratan de la naturaleza de la crisis y las limitaciones objetivas en la reestructuración de las políticas domésticas (Isaac Cohen, Gert Rosenthal y Pedro Vuskovic), la percepción de la crisis en Estados Unidos y las opciones políticas discutidas (Luis Maira), las políticas mexicanas y sus implicaciones en las relaciones con Estados Unidos (William Leo Grande, Olga Pellicer y Mario Ojeda). Finalmente, se exponen con algún detalle los casos de Guatemala y los dilemas planteados para Estados Unidos y México (Adolfo Aguilar Z. y Piero Gleijeses) y de Nicaragua y los dilemas del gobierno revolucionario en un contexto de crisis regional (Xabier Gorostiaga). La obra se cierra con una conclusión general (Clint Smith). Los editores no han incluido el caso de El Salvador porque este ya ha recibido mucha atención académica y periodística. Sin embargo, la situación salvadoreña está muy presente en las consideraciones generales sobre la política de Estados Unidos y México.

Desde el principio se establece claramente que la crisis estructural que acabó con el reformismo tiene profundas raíces históricas. Se trata de sociedades en las que el predominio oligárquico primero y luego el militar no ha permitido las presiones para hacer reformas sociales ni políticas, incluso el dramático crecimiento económico de los años 60 y 70 no produjo una disminución general de la desigualdad ni la participación de grupos marginados en el nuevo orden social. Al contrario, la diferencia entre ricos y pobres se amplió al mismo tiempo que aumentaba rápidamente el ingreso y las economías anteriormente simples se volvían modernas y diversificadas.

Más aún, al menos en Nicaragua, Guatemala y El Salvador, y en menor grado en Honduras, la legitimidad electoral se perdió por los fraudes repetidos, los golpes militares y con frecuencia por el asesinato de líderes emergentes de grupos políticos de centro o centro izquierda. La política reformista, al comienzo muy relacionada con las estrategias electorales, encontró una creciente oposición (huelgas, protestas masivas) y finalmente no hubo más alternativa que la ineficacia y la posibilidad de la eliminación física o la alianza con la oposición armada.

Los autores observan que si bien el sueño reformista de la política electoral, las reformas sociales, el crecimiento económico y la sustancial distribución de los beneficios estaban exhaustos en 1982, el autoritarismo no lo está aún. Poderosas élites siguen creyendo que la crisis puede ser manejada con una dosis suficiente de represión. Pero la realidad contradice los planes autoritarios. La represión no ha generado la estabilidad, sino todo lo contrario. Por otro lado, inclusive en aquellos países donde la represión ha dejado una momentánea tranquilidad se ha demostrado que los cambios sociales necesarios no pueden

surgir de las cenizas dejadas por el conflicto. Ahora bien, si la represión se mide en términos de prevenir el acceso al poder de la oposición, Guatemala es un éxito.

Internacionalmente, Centroamérica es un caso especial para los ensayistas por el rol hegemónico y claramente contra-revolucionario que Estados Unidos ha jugado en la historia. La simple existencia de la revolución nicaragüense ofrece nuevas oportunidades a los políticos norteamericanos para intentar amenazar o destruir los movimientos revolucionarios centroamericanos. La crítica a la política norteamericana va más allá del caso de Nicaragua. Lo que se cuestiona es la habilidad de Estados Unidos para convivir con cualquier cambio revolucionario en la Cuenca del Caribe. La historia posterior a la segunda guerra no es animadora de ninguna forma. La política intervencionista que ha tratado de controlar los eventos en la Cuenca del Caribe y de prevenir el acceso al poder de regímenes que verdaderamente disputan la hegemonía de Estados Unidos tiene honda raíces en la historia, estructura y cultura política de Estados Unidos.

A los autores no se les escapa, sin embargo, que la alternativa revolucionaria enfrenta largos y difíciles desarrollos. Pues está condicionada por las realidades locales. El cambio no puede ser tan dramático como algunos esperan y otros temen. Una de las lecciones de Nicaragua es la resistencia al cambio, sin importar cuán profundamente lo deseen las élites y sus seguidores. Bajo cualquier posibilidad imaginable de nuevas relaciones económicas, las pequeñas economías agroexportadoras de Centroamérica continuarán estando bien atadas al sistema capitalista mundial. Incluso si los arreglos políticos difieren mucho de las visiones idealizadas de la democracia que tiene Estados Unidos, muchos centroamericanos experimentarán con el cambio revolucionario una sensible mejoría socioeconómica en comparación con su situación actual.

Pero Estados Unidos no es la única potencia presente en la región. México se ha hecho presente, después de cierta indiferencia hacia los problemas regionales a partir de 1979 como el primer colaborador y protector de la revolución sandinista. Simultáneamente México ha pedido una solución negociada para El Salvador y forma parte del grupo de Contadora. Actualmente es necesario contar con México para llegar a un acuerdo regional. Sin embargo, el apoyo de Mé-

xico tiene sus límites, el más importante de todos ellos es la negativa de la Administración Reagan de reconocer la validez de las iniciativas mexicanas en la región.

La gran novedad de la obra que comentamos está quizás en que no se queda a nivel de diagnóstico y análisis, sino que pasa a proponer posibles vías de solución. Todos los colaboradores están de acuerdo en que Estados Unidos es en buena medida el gran actor en la región. Hasta ahora la Administración Reagan ha adoptado políticas que garantizan la profundización de la crisis, amplían la arena del conflicto y prolongan el derramamiento de sangre. Ante ello se impone la necesidad, por parte de Estados Unidos, de formular políticas audaces para asumir los retos planteados por Centroamérica y suficientemente plausibles para atraer el apoyo doméstico e internacional.

Los ensayos sugieren las siguientes líneas para ello: reconocer las razones y legitimidad de los movimientos radicales para conseguir los cambios socio-económico-políticos en la región; asumir una perspectiva regional, incluso si se adoptan políticas específicas para atender a las particularidades de cada nación, buscando crear las bases para la unidad y cooperación regional más que las bases para enfrentar a un país contra el otro; la negociación debe ser el centro de la estrategia para resolver el conflicto nacional e internacionalmente; incorporar un replanteamiento básico de las relaciones Cuba-Estados Unidos porque no puede haber estabilidad a largo plazo en la Cuenca del Caribe mientras Estados Unidos siga tratando a Cuba como nación fuera de la ley y mientras Cuba reaccione como tal; comprometer hasta donde sea posible a otras naciones del área; definir cuidadosamente los intereses vitales norteamericanos en la región, pues el problema de la seguridad nacional debe plantearse realísticamente de modo apropiado al final S. XX.

La suposición básica de estos planteamientos es crítica. Estados Unidos debe estar dispuesto a convivir con gobiernos radicales e incluso revolucionarios en Centroamérica, mientras éstos no amenacen directamente su seguridad. Pero dada la situación actual los autores proponen tener en cuenta dos cosas, aceptar el hecho de que formulaciones orgánicas políticas y económicas que forman parte de la historia e ideología de Estados Unidos no son viables en Centroamérica y que se deben tomar muy en cuenta las nuevas

realidades del poder y la política en la Cuenca del Caribe. La revolución cubana y su especial relación con la Unión Soviética, la revolución nicaragüense, los papeles regionales jugados por México y Venezuela y las poderosas presiones por cambios radicales generados por la violencia y la pobreza en Centroamérica forman parte de dichas realidades.

Siendo realista, los autores enfatizan que no existen arreglos políticos y económicos capaces de resolver la profunda crisis centroamericana a corto plazo. Décadas de desigualdad, explotación y violencia han dejado huellas difíciles de borrar rápidamente. Todo lo que piden es que las políticas de Estados Unidos dejen de ser parte del problema de Centroamérica y empiecen a ser un elemento constructivo.

R.C.

Reynolds, Clark W. y Tello, Carlos (ed.). **U.S.-Mexico Relations. Economic and Social Aspects.** Stanford: Stanford University Press, 1983, 375 páginas.

En este libro los editores han reunido una serie de trabajos originalmente escritos para una conferencia realizada en noviembre de 1980 en México con el objeto de ofrecer perspectivas políticas a mediano plazo para Estados Unidos y México dada la creciente interdependencia entre las dos naciones. Cada ensayo aporta una nueva aproximación tomando en cuenta a ambas naciones, a lo que pudiera llamarse "la economía política de interdependencia orgánica".

A pesar de sus diferencias, los autores parten de que la historia vincula los destinos de México y Estados Unidos, que los actuales eventos presagian un aumento dramático de su interdependencia y que está por verse cuanta interacción económica y social interesa a cada uno de ellos a largo plazo. Además, todos los participantes en la reunión ven que el proceso de "interdependencia orgánica" toca las raíces de ambas naciones. Cada análisis pretende tomar en cuenta todos los elementos integrantes de esta compleja realidad.

En su conjunto, todos los ensayos establecen la extensión hasta dónde se beneficiarán los grupos en cada nación si se realiza verdaderamente la interdependencia comercial, migratoria, agrícola, industrial, financiera, de inversiones, internacional y en cuanto a la seguridad na-

cional. Escrito por expertos de ambos países, la colección de ensayos, organizados en 7 secciones, es única en ofrecer diversas perspectivas en cada uno de los tópicos. Para el futuro se planea la publicación de otros volúmenes sobre política internacional (en prensa), desarrollo agrícola y rural (en prensa) y en interdependencia económica y social.

La primera sección, sobre perspectivas económicas y sociales de México, presenta dos visiones del abanico de posibles relaciones que enfrentan los dos países en las próximas décadas. Clark Reynolds habla de pleno intercambio para explorar las consecuencias de la apertura entre México y Estados Unidos en reacción al empleo y el crecimiento económico mexicano. Rolando Cordero y Carlos Tello ven las opciones como una alternativa entre dos programas políticos básicamente diferentes, uno neoliberal y el otro nacionalista.

La sección sobre las perspectivas económicas y sociales de Estados Unidos trata de la crisis actual de la economía norteamericana, la que interpeta como una demanda de cambios estructurales. Los ensayos de Luis Maira y Donald A. Nichols cuestionan la habilidad de Estados Unidos para responder a sus problemas nacionales e internacionales en términos de los valores y las metas más elevadas. Nichols ve la política económica actual como inadecuada para reestructurar la economía en base a la estabilidad de los precios, el pleno empleo y la justicia social. Maira va más allá al colocar la crisis económica en su contexto histórico y es menos optimista sobre la capacidad de que sólo una política económica la puede superar.

La tercera sección sobre comercio, estructura industrial y energía trata sobre todo del comercio entre México y Estados Unidos desde una perspectiva global (Raymond Vernon) y sus implicaciones para la estructura comercial e industrial en la reciente bonanza de los hidrocarburos en México (Jaime Corredor).

En la sección siguiente sobre seguridad nacional se describe la evolución de estas políticas en ambos países (Olga Pellicer y Edwin Deagle). Ambos autores establecen que la imposición por parte de Estados Unidos de su seguridad sobre México es contraproducente. México, por su parte, identifica la seguridad nacional con la seguridad social. La amenaza exterior no es tanto del comunismo como de la hegemonía norteamericana.

La quinta sección trata de los alimentos, la agricultura y el desarrollo rural y considera la relación entre México y Estados Unidos en términos de las crisis de crecimiento en la productividad agraria de este último país y sus consecuencias internacionales (Walter Falcon), los retos planteados por la crisis de producción en México y sus consecuencias en cuanto a la desigualdad y el ingreso en el campo (Arturo Warman) y la estrategia para el desarrollo de pequeños propietarios en México desde el punto de vista internacional (Bruce F. Johnston).

La sección sobre empleo y migración ilustra el crecimiento e importante rol que la corriente de mano de obra mexicana juega en el destino de ambas naciones. Los estudios de Jorge A. Bustamante y Warren C. Sanderson muestran que a pesar de los vínculos crecientes entre los dos mercados de trabajo, las políticas mexicana y norteamericana no responden al reto de administrar la interdependencia, tampoco los cambios actuales propuestos en las leyes de migración norteamericana representan adelanto alguno en esa dirección. Manuel García sugiere, por otra parte, que la cantidad neta y global de la corriente migratoria hacia Estados Unidos puede ser exagerada.

Por último, en la sección sobre relaciones a largo plazo entre ambos países se exploran las perspectivas para la formulación de una política conjunta desde Estados Unidos (Richard Fagen), México (Mario Ojeda) y Europa (FitzGerald). Sus propuestas son quizás más un reto que tiene que ser asumido con audacia que animar en la vía de las soluciones fáciles de corto alcance dado que los conflictos de intereses, las perspectivas globales y los debates sobre las políticas nacionales deben resolverse antes de que se puedan alcanzar soluciones bilaterales a los problemas planteados.

Cada uno de los ensayos tiene su propio interés y está escrito brillantemente. No es para menos, pues sus autores son buenos conocedores del área y de sus problemas. El libro ofrece un buen panorama a quien esté interesado en explorar estos temas mexicano-norteamericanos.

R. C.

Welte, Bernhad. **Filosofía de la religión**. Barcelona: Herder, 1982, 282 páginas.

La obra es resultado de la sistematización de una serie de lecciones que sobre filosofía de la re-

ligión impartió regularmente el profesor Welte en Friburgo de Brisgovia de 1962 a 1973. En este sentido, representa el fruto de largos años de reflexión y de un proceso de permanente reelaboración del material de aquellas lecciones a la luz de las perspectivas novedosas con las que Welte se fue encontrando durante esos años.

Tres grandes capítulos componen la obra. El primero, dedicado a las "cuestiones introductorias", aborda el problema de la validez del pensamiento filosófico en general y de la filosofía de la religión en particular, así como el concepto previo de religión sobre el que trabaja la filosofía y la ubicación de la religión y la filosofía de la religión en la moderna situación filosófica.

El segundo capítulo, por su parte, enfrenta la cuestión de "Dios como principio de religión" y se inicia con el esbozo de un posible camino filosófico hacia Dios a través del análisis de tres hechos fundamentales: nuestra existencia en el mundo como un espacio abierto de experiencias, la experiencia de la nada como "una negación determinada" que entraña una ambigüedad constitutiva y la pregunta por el sentido como constante que acompaña todas las acciones de la vida humana. El análisis de estos tres hechos fundamentales, en opinión de Welte, pone de manifiesto que la nada, a pesar de su oscuridad y de su negatividad fenoménica, revela un contenido positivo, en la medida en que muestra las dimensiones de la infinitud y de la incondicionalidad. Frente a la pregunta acerca de "por qué existe algo en general y no más bien nada", la experiencia radical de la nada remite a la posibilidad de la realidad divina. A continuación Welte contrasta este planteamiento con otros dos planteamientos clásicos: la demostración *per effectum* de Tomás de Aquino y el argumento ontológico de Anselmo de Canterbury. En seguida pasa al análisis de la cuestión del rasgo personal del misterio absoluto al cual ha remitido la experiencia de la nada. El capítulo concluye con una revisión sucinta del cambio histórico de la forma de Dios y del fenómeno del ateísmo, posibilitado por el espacio que a la libertad del hombre dejan las reflexiones anteriores, cuya naturaleza es distinta por completo de las argumentaciones matemáticas o de la falsación empírico-científica.

El capítulo tercero, finalmente, que lleva el título "El hombre como realizador de la religión", aborda diversas cuestiones relacionadas con la religión en cuanto conducta del hombre al cual Dios se le ha mostrado reclamán-

dolo para sí. Welte examina acá la cuestión de la fe como un "saber" cualitativamente distinto de otros saberes humanos y sobre todo del saber en el sentido moderno, acuñado particularmente por las ciencias empíricas. La fe es un saber cuyo contenido esencial es Dios, quien es totalmente otro e incomprensible frente a los demás contenidos. Asimismo examina la realidad de la oración, como oración del silencio y como oración en forma de lenguaje, y concluye con una exposición de la oración como liturgia y con los abusos a los que puede dar lugar la religión.

El propósito de Welte a lo largo de todas estas páginas consiste en mostrar cómo es posible dotar de una racionalidad rigurosa el examen del problema de la religión y, más en concreto, cómo la aplicación de esta racionalidad puede articularse en forma de filosofía de la religión. En la realización de este propósito no quiere perder de vista que "la filosofía de la religión sigue siendo filosofía", lo cual lo obliga a una delimitación previa de lo que dentro del contexto de su exposición debe entenderse por filosofía. En opinión de Welte, la filosofía de la religión, en cuanto filosofía, sólo puede esclarecerse y definirse a sí misma "en forma tal que, filosofando, un hombre piense por sí mismo... Dicho con mayor precisión: se produce filosofía allí donde un hombre piensa por sí mismo, desde su propia facultad, desde su propia fuerza intelectual, desde su origen".

Pero al mismo tiempo se trata de filosofía "de la religión". En virtud de que el pensar no es un proceso que se desarrolle meramente en el espacio cerrado de la subjetividad humana sino que implica una apertura viva más allá del hombre, un encuentro entre el hombre y el mundo, y de que, por lo tanto, el pensamiento de la filosofía debe caracterizarse por la vinculación estricta a su objeto, resulta que la filosofía de la religión sólo es viable en la medida en que su contenido, esto es, la religión, esté dado previamente para el pensamiento filosófico. La filosofía de la religión así pone todo su empeño en esclarecer intelectualmente la esencia y la forma de ser de la religión. Esta pregunta por el ser y la esencia de la religión, cuya respuesta lleva a Welte por derroteros en los que se advierten las huellas de Heidegger y Husserl, tiene el mérito de contribuir a enfatizar, independientemente de la respuesta que se le dé, la magnitud del problema religioso en una época en que tantos hombres "han abandonado la antigua morada de sus representaciones religiosas tradicionales".

En efecto, Welte quiere mostrar la posibilidad de la filosofía de la religión en una época en la que ya no es obvia la religión, pero en la que, por otro lado, si es obvia la reflexión crítica. Precisamente por ello lleva a cabo una discusión con los principales pensamientos filosóficos normativos de nuestro tiempo, en cuyas formulaciones se elaboran elementos determinantes de la conciencia pública moderna. Welte divide estos pensamientos en dos grupos. Un primer grupo está orientado hacia las ciencias modernas empíricas exactas, en el cual encontramos dedicados a la elaboración de una filosofía de la ciencia al "primer" Wittgenstein, Karl Popper y Hans Albert. El segundo grupo, en el cual se destacan los técnicos de la escuela de Frankfurt, está más interesado en la crítica de la sociedad.

A pesar de su empeño por alcanzar una exposición rigurosa, Welte no desconoce la crítica que desde Kant amenaza con descargarse sobre cualquier intento de llevar a cabo una racionalización desmedida de la existencia de Dios. Sin pretender formular ninguna respuesta original y novedosa a la cuestión, la obra de Welte constituye, sin embargo, un trabajo equilibrado y a menudo que puede ser utilizado por todas aquellas personas interesadas en el estudio de cómo la vivencia del fenómeno religioso puede ser sometida a un cierto tipo de reflexión filosófica.

C.A.

Hobmair, Hermann y Treffer, Gerd, **Psicología individual**. (Traducción de Diorki.) Col. "Biblioteca de Psicología", No. 85. Barcelona: Ed. Herder, 1981.

Psicología individual es el nombre, no muy afortunado por cierto, con que se conoce al sistema psicológico de Alfred Adler. Según los autores, el nombre se debe a que Adler "quería resaltar la idea del individuo total en su unicidad y singularidad" (pág. 11) frente a todo tipo de enfoque atomista. No se trata, pues, de una concepción psicológica individualista, ya que uno de sus pilares teóricos lo constituye la idea del ser humano como parte necesitante y necesaria de una comunidad. La presente obra intenta exponer en tres capítulos el sistema adleriano: en el primer capítulo se plantean los fundamentos teóricos, en el segundo se examina su aplicación al ámbito de la educación, territorio privilegiado por la psicología individual, y en el tercero se es-

tudia su aplicación al terreno de la vida comunitaria y política.

Tres serían los pilares conceptuales de la psicología individual: el principio teleológico de la vida humana, el sentimiento de inferioridad y el sentimiento comunitario. Según Adler, todo el funcionamiento psíquico de las personas tiene que examinarse a la luz de las metas que se propone; la meta condiciona el pensar, sentir y querer de los individuos, y determina fundamentalmente su estilo de vida. En buena medida la diferencia entre una persona sana y una persona neurótica depende del carácter realista o ficticio de las metas perseguidas.

El sentimiento de inferioridad es quizás el concepto que más se relaciona con el sistema adleriano, aunque no siempre se entienda bien. Para Adler, "ser hombre significa sentirse inferior". En cuanto sentimiento, se trata de una vivencia subjetiva: pero de una vivencia que echa sus raíces en la insuficiencia de todo individuo en su punto de partida. Cómo se elabore a través de la educación este sentimiento de inferioridad determinará la forma de compensación vital buscada por cada persona. Hay factores que pueden reforzar la vivencia de inferioridad, según cada cultura y situación social. Un papel fundamental lo puede desempeñar una deficiencia orgánica real; por ejemplo, un defecto corporal.

La compensación al sentimiento de inferioridad se orienta por la meta final a que tiende cada persona. El sentimiento de inferioridad es, por tanto, la fuerza motriz principal del desarrollo humano: "toda la vida humana se encuentra en un movimiento, es un esfuerzo hecho desde un 'estar abajo' hacia un 'estar arriba', de una situación 'inferior' a una 'situación superior'" (pág. 34). El criterio que va a determinar el grado de normalidad o neuroticismo de la tendencia compensatoria será el sentimiento comunitario. Con este concepto Adler alude al carácter primordial social del ser humano, a que su modo existencial es la convivencia. El sentimiento comunitario denota, por tanto, "la capacidad innata por la que el individuo puede responder a la realidad, constituida principalmente por la situación social" (pág. 38). El sentimiento comunitario supone un estado de apertura hacia a los demás, hacia el trabajo en común y para el bien común, el sentimiento de estar vinculado a los demás y la capacidad para empatizar con ellos.

La educación persigue, según la psicología

individual, el desarrollo de esa disposición y capacidad comunitaria de las personas; por ello, su rasgo central lo constituye la cooperación y el desarrollo de la responsabilidad social. "Toda educación ha de entenderse como medio de evolución del sentimiento comunitario" y toda la actividad educativa debe concebirse como un medio de compensación y de orientación del plan de vida hacia la comunidad (págs. 62-63).

Puesto que el enfoque de Adler enfatiza la naturaleza esencialmente social del ser humano, al psicólogo le toca ocuparse del ámbito de la política. En lo fundamental, la psicología "debe contribuir a influir en la organización de las condiciones sociales" (pág. 90) a fin de potenciar aquel tipo de comunidad humana que despierte y satisfaga las metas deseables de las personas y que no propicie estilos de vida neuróticos. En este sentido, como dicen los **Ansbacher**, "el psicólogo debe actuar contra las condiciones sociales que tiendan a aumentar el sentimiento de inferioridad".

Si de lo que se trata es de ofrecer una presentación sucinta y clara del sistema adleriano, los autores cumplen su cometido. Pero, como suele ocurrir en estos casos, la brevedad se presta a dejar algunas significativas o a convertirse en superficialidad, dejando la duda en el lector de si la superficialidad se debe a la naturaleza de la presentación o es más bien defecto de la psicología individual misma. La tercera parte, dedicada a la política, es en este sentido la más deficiente. Pero un ejemplo más lamentable de esa superficialidad lo constituyen los párrafos dedicados a la concepción adleriana de la neurosis (págs. 40 y siguientes). Decir que la neurosis es una anomalía psíquica o que si se descubren síntomas neuróticos es porque existe una disposición neurótica latente no aclara ni explica mucho el tema. Otro tanto puede afirmarse de algunas de las disquisiciones que se hacen sobre la educación, que más parecen afirmaciones rotundas de sentido común que reflexiones matizadas con fundamento teórico o respaldo empírico.

Los autores afirman que muchas de las ideas de la psicología individual reaparecen hoy en diversos ámbitos de la psicología contemporánea, sin conciencia de sus raíces. Es posible que así sea, y se podrían citar ejemplos para confirmarlo; pero también es posible que esos planteamientos contemporáneos provengan de otras raíces o de un patrimonio psicológico más general que el de la escuela adleriana. En todo caso,

los autores no prueban su hipótesis ofreciendo la conexión entre los enunciados de Adler y los enfoques actuales. Lo que sí es innegable es que la especificidad de Adler es hoy ignorada por la corriente principal de la psicología; basta con hojear cualquier texto introductorio de psicología general o de psicología social, para comprobar que su nombre ni se menciona o apenas surge en relación con su inicial disidencia de Freud. De esta marginación parecen ser demasiado conscientes Hobmair y Treffer, que continuamente se sienten obligados a subrayar que sus afirmaciones expresan el punto de vista de la psicología individual.

En síntesis, este libro constituye una presentación sencilla del enfoque adleriano que más parece orientado a reclamar un sitio para Adler en la psicología contemporánea que a profundizar algunas de sus cuestiones o problemas. Como tal, la obra puede cumplir la función siempre necesaria, de estimular a una nueva lectura del propio Adler, cuyo pensamiento es lo suficientemente rico como para no dejarlo enterrado.

I.M.B.

Rogoll, Rüdiger, **El análisis transaccional**. (Traducción de Claudio Gancho). Col. "Biblioteca de Psicología". No. 71. Barcelona: Ed. Herder, 1981.

El análisis transaccional es una de las últimas ramificaciones del psicoanálisis asimilado por la cultura norteamericana, en particular por esa cultura californiana mezcla del estilo ejecutivo computarizado y el **surfing** en playas doradas, de la "meditación trascendente" y las manifestaciones **gay** en San Francisco, de la comida plástica del MacDonal y las fantasías hollywoodenses al estilo reaganita. En este contexto, es lógico que el ideal de vida quede definido por una pseudoasepsia pluralista donde yo estoy bien y tú estás bien, y que cada cual siga su camino. Rogoll saca la obvia consecuencia, principio fundamental, aunque por lo general implícito, del análisis transaccional como método terapéutico: "el 'sistema' no cambiará nunca, pero sí podemos cambiar cada uno de nosotros" (pág. 132). Nada mejor, entonces, que la cita de Fritz Perls que el propio Rogoll presenta como broche dorado de su libro: "yo sigo mi camino, y tú sigue el tuyo, yo no vivo en este mundo para responder a tus expectativas, ni tú vives en este mundo para res-

ponder a las mías. Yo soy yo y tú eres tú, y si debiéramos encontrarnos, sería maravillosamente hermoso" (pág. 159). Sólo falta el beso final entre el chico bueno y la chica superbella sobre un fondo de gasas y purpurinas **made in USA**.

El libro de Rogoll está dividido en diez capítulos, ocho de los cuales toman algún aspecto del análisis transaccional, y los dos últimos se enfocan a su aplicación a la familia y al matrimonio. El análisis transaccional arranca de una comprensión de la interacción humana como intercambio entre los tres estados fundamentales que se dan en el yo de las personas: el padre (PA), el adulto (AD) y el niño (N). El estado de PA es la representación interiorizada de las figuras de autoridad en la vida de cada persona, y se exterioriza en castigos y premios, críticas y estímulos. Hay por tanto un PA de control o crítico (PA-c) y un PA nutricional (PA-n). El estado de AD enfatiza el pensamiento y las acciones racionales y objetivas: es "la parte práctica y realista de nuestra personalidad" (pág. 14). Finalmente, el estado de N involucra las tendencias sin socializar del individuo, la expresión de los deseos, necesidades y sentimientos. Existe también un N adaptado (N-a) y un N más espontáneo o libre (N-1). Esta estructura de la personalidad individual permite establecer un "egograma" (sic) para estimular porcentualmente los estados de un individuo a través del tiempo —aunque no parece muy posible que algún individuo logre totales del 116% en su egograma, como se sigue de una simple cuenta de la gráfica presentada por Rogoll en la página 21.

Las decisiones importantes son las que se toman "en armonía con los tres estados del yo: con la conciencia clara de nuestro AD, el aliento estimulante del PA y el natural entusiasmo del N" (pág. 23). Ahora bien, las personas pueden excluir algunos de los tres estados de su yo, lo que se traduce en actitudes estereotipadas, o permitir la contaminación entre los estados, que se expresa en prejuicios, fobias y obsesiones. A la hora de analizar las transacciones es esencial determinar qué estados del yo de las personas participan en la relación. Cabe así la transacción simple o complementaria, cuando es el mismo estado del yo estimulado el que responde; la transacción cruzada, cuando la respuesta procede de otro estado del yo que el estimulado; y, finalmente, la transacción encubierta, que se mueve en dos planos, uno público o social y otro oculto o psicológico.

En la vida diaria, las personas nos estimulamos mutuamente bien de forma egoísta (donación condicionada), bien de forma desinteresada (donación absoluta). Según los tipos de donaciones que se den y reciban, se distinguen cuatro actitudes fundamentales o posiciones de base de las personas: (1) "Yo estoy bien, tú estás bien", (2) "Yo no estoy bien, tú estás bien", (3) "Yo estoy bien, tú no estás bien", y (4) "yo no estoy bien, tú no estás bien". Al parecer, sólo la primera actitud constituye una "postura firme y sana de ganadores" (pág. 48). La actitud que se adopta la mayor parte del tiempo constituye la actitud vital. Desde esa posición vital, las personas estructuran su tiempo inhibiéndose, realizando rituales, mediante pasatiempos, desarrollando actividades (trabajando) o juegos (algo así como manipulaciones existenciales de las relaciones humanas), o relacionándose en intimidad. Finalmente, la totalidad de la vida se configura de acuerdo a un "guión de vida", que constituye "un programa continuado, que se apoya en las decisiones de la primera infancia, marcado y afianzado por los progenitores (o sus representantes) y que, finalmente, determina las formas de conducta del individuo en los momentos decisivos de su vida" (pág. 79).

No resulta difícil ver las raíces psicoanalíticas del análisis transaccional; el paralelismo entre la estructura de la personalidad freudiana y los estados del yo de Berne es obvio, como lo es el funcionamiento del inconsciente en los procesos de exclusión y contaminación. Sin embargo, lo que de ruptura y conflicto tiene el psicoanálisis frente a toda forma cultural ha sido eliminado, quitándole no sólo entidad teórica, sino mordiente terapéutico. De esta manera, el análisis transaccional no pasa de ser una técnica simplificada para el consuelo terapéutico de la pequeña burguesía, un recetario con tipologías estereotipadas donde la apariencia de comprensión, convertida en "bestseller", prima sobre el esfuerzo reflexivo y el intento de cambio en profundidad. Como diría Deleule, el análisis transaccional constituye una típica "ideología de recambio", muy necesaria a la cultura norteamericana tras el fracaso de Vietnam y la crisis de Watergate.

Para Rogoll, el descubrimiento del análisis transaccional supuso poco menos que una experiencia reveladora (pág. 8), y su entusiasmo se refleja a lo largo de todo el libro. Ciertamente, la obra está escrita con claridad y amenidad, y es

sin duda una presentación del análisis transaccional que bien puede competir con las muchas que han aparecido estos últimos años. Por lógica interna, la principal orientación del análisis transaccional se dirige a las transacciones al interior de la familia y del matrimonio (capítulos IX y X del libro), aunque pocos matrimonios y familias en nuestro país podrán verse reflejados en los presupuestos de vida sumidos por el análisis transaccional.

Es claro que nuestras objeciones principales apuntan al contenido de la presente obra más que a la exposición. En otras palabras, el problema no estriba en la presentación de Rogoll, sino en los planteamientos de Eric Berne. Por ello, es de justicia añadir como conclusión que si alguien desea conocer una síntesis apreciable, aunque acrítica, del enfoque transaccional, encontrará en este libro una respuesta a su interés.

I.M.B.

Rogers, Carl R. y Rosenberg, Rachel L. **La persona como centro.** (Traducción de Diorki). Col. "Biblioteca de Psicología", No. 78. Barcelona: Ed. Herder, 1981.

Campos, Alfredo, **La psicoterapia no directiva. Exposición y crítica del método rogeriano.** Col. "Biblioteca de Psicología", No. 109. Barcelona: Ed. Herder, 1982.

Estos dos libros, aunque de carácter diferente, tienen un tema común: el enfoque de Carl R. Rogers. El primero de ellos fue publicado originalmente en Brasil, y contiene una serie de trabajos del propio Rogers que ofrecen una visión general de su enfoque así como la evolución más reciente de su pensamiento. El libro de Campos está escrito originalmente en castellano y se centra sobre todo en el método psicoterapéutico de Rogers.

Rachel L. Rosenberg es discípula de Rogers y concibió la idea de dar a conocer mejor su pensamiento en Brasil. La obra, estructurada por el propio Rogers, se compone de una introducción y cuatro partes, con un total de once artículos, nueve de Rogers y dos de Rosenberg. En la Introducción, Rosenberg plantea el objetivo del libro (reunir los "principales puntos de vista actuales" de Rogers) y hace una evaluación muy personal de su parte, que ella considera excepcional. La

primera parte consiste en una conferencia retrospectiva de Rogers ante la American Psychological Association en 1973. Este trabajo se complementa con el reproducido en el capítulo décimo, donde Rogers presenta su "filosofía de las relaciones interpersonales y su desarrollo", también publicado originalmente en 1973 y escrito en forma autobiográfica. Uno y otro nos permiten rastrear los aspectos vivenciales que fueron condicionando la evolución de su pensamiento.

La segunda parte, "Fundamentos de un enfoque centrado en la persona", constituye el núcleo del libro y ofrece un panorama de los principales aportes de Rogers: su psicoterapia (escrito por Rosenberg), su formulación de la empatía, su concepción de la educación y el aprendizaje, y una narración sobre un seminario de la "comunidad centrada en la persona" (escrito también por Rosenberg, quien participó en él). Los artículos presentan las formulaciones más recientes de Rogers sobre terapia y educación, pero no se vislumbra en ellas novedad significativa sobre los planteamientos hechos en períodos anteriores. Queda clara la confianza incondicional que Rogers tiene en la persona, en su organismo y en su crecimiento planificador con tal de que se le ofrezcan las condiciones adecuadas. "Llegar a ser lo que realmente se es" constituye el principio que para Rogers debe orientar la vida de las personas, el trabajo educativo y el trabajo terapéutico.

Las partes tercera y cuarta enfocan lo que Rosenberg considera nuevas perspectivas del pensamiento de Rogers. Esta crítica a la sociedad tecnológica norteamericana y vislumbra el surgimiento "revolucionario" de una nueva persona más auténtica y libre en su interioridad, menos materialista y más volcada a las realidades interpersonales. Quizás la formulación más atrevida de estas páginas se encuentra en el capítulo sobre "la realidad", en el que Rogers se cuestiona si es necesario o deseable que la realidad sea una y la misma para todos. La respuesta parece consistente con su enfoque: "Nuestros intentos por vivir en un 'mundo real' que todos perciban de la misma manera nos condujeron al borde de la aniquilación en cuanto especie. (...) El camino para el futuro deberá ser el de basar nuestras vidas y nuestra enseñanza en la suposición de que existen tantas realidades como personas" (pág. 209). Si unimos esta propuesta con el tipo de comunidad que se vislumbra en el seminario antes citado, veremos que lo que se plantea es algo así como

un utópico anarquismo individualista.

El libro de Alfredo Campos se compone de una introducción y seis capítulos. En la Introducción se presenta una pequeña biografía de Rogers y se precisa el concepto de "no directividad", imposible en sentido estricto ya que "hablar de terapia y hablar de directividad viene a ser lo mismo" (pág. 15); el propio Rogers lo descartó muy pronto en favor del concepto de "centrado en el cliente" y luego por el de "centrado en la persona" —que es el concepto subrayado en el título y en el desarrollo del libro de Rosenberg. El pensamiento de Rogers habría sido influido por su formación y personalidad así como por el ambiente de la psicología imperante en su época, cuando psicoanálisis y conductismo se repartían el grueso de las fidelidades de los psicólogos (Cap. 1).

"La filosofía de Rogers gira en torno a un principio básico: la naturaleza constructiva del hombre" (pág. 43). Para Campos, el pensamiento de Rogers pasa de las técnicas a la filosofía cuando abandona la psicoterapia individual (tras su fracaso en el tratamiento de esquizofrénicos) y se empieza a dedicar a la psicoterapia grupal. Campos examina en el Capítulo 2 la concepción filosófica de Rogers, en la que, según él, se "conjuga con bastante acierto la subjetividad del individuo y su necesidad de relación social, la libertad del individuo y la libertad de la sociedad" (pág. 48). Precisamente por su convicción sobre la persona, Rogers, quien empezó estudiando para pastor protestante, se aparta de la religión. En el Capítulo 3, Campos sigue a Salvatore R. Maddi en su análisis de la teoría de la personalidad de Rogers, calificada entre los enfoques de "realización" en su versión de "actualización". El Capítulo 4 trata de los aspectos científicos del trabajo de Rogers, sobre todo su investigación pionera del quehacer clínico. Finalmente, el Capítulo 5 sistematiza la concepción psicoterapéutica de Rogers, particularmente el proceso y los cambios por él producidos en el cliente.

En el Capítulo 6, Campos realiza un balance, no muy bien sistematizado, por cierto, sobre el aporte de Rogers. Los principales puntos positivos serían: su pensamiento dinámico y adaptativo, fiel a su experiencia, y que abrió nuevos caminos a la psicología, creando escuela; su concepción positiva y respetuosa del ser humano, tomado como totalidad; el haber introducido la investigación en psicología clínica y el haber dado el paso de la terapia individual a la grupal.

Entre las críticas que Campos hace a Rogers están las deficiencias que encuentra a sus pretensiones terapéuticas: la psicoterapia centrada en el cliente es también directiva y no existe en ella la libertad reclamada por Rogers; usa técnicas e incluye la transferencia, se funda en un principio indemostrable (la tendencia actualizante de la persona) y se ha exagerado el ámbito de su aplicación. Adicionalmente, Campos critica el inacabamiento de la teoría de la personalidad rogeriana, algunas incongruencias entre la teoría y la práctica, y el irrealismo de ciertas exigencias como la de ser totalmente congruente o la de aceptar en forma incondicional al cliente.

Sin pretenderlo, los dos libros aquí presentados se complementan, no sólo por la diversa perspectiva desde la que tratan los temas, sino por las importantes matizaciones que posibilitan. Así, por ejemplo, los factores motivacionales que Campos descubre a la raíz del enfoque de Rogers pueden rastrearse directamente en las narraciones autobiográficas del interesado. Resulta interesante que, aunque ambos autores se muestran muy positivos hacia la obra de Rogers, Rosenberg tiende a mitificarlo, mientras Campos lo desmitifica, probablemente sin pretenderlo. Para Rosenberg, el pensamiento de Rogers sigue evolucionando hacia nuevos horizontes, sobre todo acerca del mundo social (pág. 29); por el

contrario, para Campos “su pensamiento no ha sufrido ningún cambio importante desde el año 1959” (pág. 14) —y debemos añadir que la lectura de los trabajos presentados por Rosenberg confirma este punto de vista. Rosenberg manifiesta una admiración casi ilimitada por ese “septuagenario excepcional” que es Rogers (pág. 13), mientras Campos anota que, en los últimos años, lo encuentra “un poco endiosado” (pág. 28).

Supuestas sus diferencias, los dos libros cumplen el cometido que se proponen. Por supuesto, falta en el libro de Rogers y Rosenberg una distancia crítica, distancia que sí toma Campos, aunque falte sistematización a su balance y profundización a sus reflexiones. Allá donde Rosenberg y el mismo Rogers reclaman un pensamiento original, Campos subraya con acierto que el enfoque rogeriano constituye una síntesis de conductismo, psicoanálisis y existencialismo. En última instancia, ambos libros se complementan aunque no sea más que porque permiten al lector una apreciación del enfoque “centrado en la persona”, tanto desde la perspectiva de su creador como desde la perspectiva de una seguidora y de un crítico simpatizante.

I.M.B.

